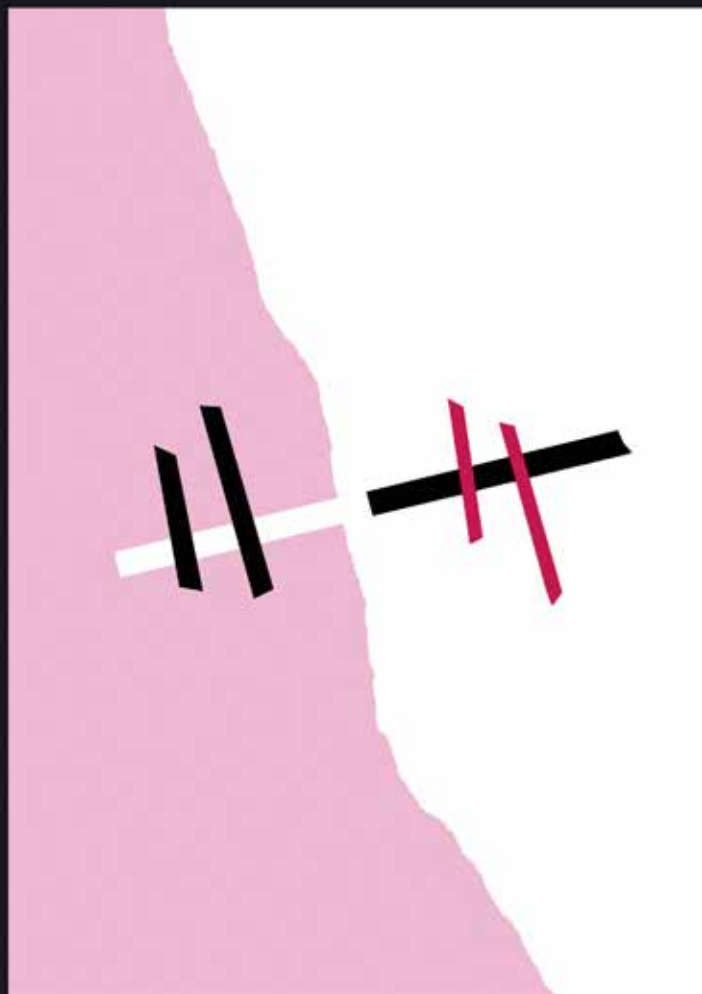


Eugenia Prado Bassi

el cofRe

Colección Narrativa



CEIBO
ediciones

El cofre
(narrativa)



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2012

El cofre

Eugenia Prado Bassi

©Eugenia Prado Bassi.

1ª edición: Ediciones Caja Negra / El espíritu de la Época, 1987.

2ª edición: Surada Gestión Editorial, 2000.

3ª edición Ceibo Ediciones, 2012.

Teléfono: (02) 285 1475

www.ceiboproducciones.cl

Portada, diseño y diagramación: Eugenia Prado B.

2012, Santiago-Chile

Número Inscripción: N° 67.624

I.S.B.N.: 978-956-9071-14-0

Impreso por Alfabetas Artes Gráficas



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2012

A mi abuela, Mercedes Ibarra

*Por lo que el lenguaje es un
equivoco, en la situación de los bordes*

CAPÍTULO

I

Primer Pasado
Escenario de indefiniciones

DIEZ AÑOS, un hombre mayor habita en igualdad a todo recuerdo, oprime al cráneo en la aspereza de sus manos llenas de carne y voluptuosidad, su piel, nunca fría, despierta al candor adolescente de sus primeros intentos, sus manos, más aún que el candor que sugieren, son muchas veces dolorosas, se le presentan inquisidoras al golpe.

Place al dolor la piel en rebeldía, oprime al rubor en tanto blasfema. No aparece otro recuerdo, más bien la piel arrugada de una alucinación. Cada arruga cana al tiempo en sus caricias, pero de tantos años pesa el cansancio en los ojos de esperma seca. No en la conclusión tibia del vientre primero, porque abriéndose en la herida de los labios supura una expulsión como de vómito.

Gime en venganza a la oscuridad de su carne malnacida, dispuesta su resignación, no fue a bien aceptarla, por eso recoge su vergüenza, al verse en calco de aquel hombre. Golpea en la madre por su belleza, la martiriza por la sensualidad de su maquillaje y la sonroja, ella, fiel retrato en cristales de plata, inmortal, desfasada de épocas, pese a las dolencias que genera, coronada toda ella eternidad. No la arrepentida. No la mártir, lleva en cruz el goce a los placeres de la carne viva, apretándose en las nalgas.

PIENSA, será acaso en calco mala copia de ese hombre, o es que hubo deseado *serle* en parecido, en aquello de placer tantos como cuantos quisiera, y martirizarlo siendo doblemente pecadora, hija y hembra igualmente perversas.

Lo hubiera llamado pétalo y caería alas abajo y comoquiera que se le llamara, pero si dijera espina, brotaría de su cuerpo sangre, gimiendo al sello de la carne.

Por eso debe remitirse en el primer pasado, explorar sólo en ello, las manos y sus contorneados senos en el pezón que se aleja de la boca siendo un desarticulado e incómodo montón de carne, incapaz de apelar por sus derechos, desde los labios indefensa y a la vez cautiva de aquella humanidad recelosa.

CATORCE AÑOS, ha muerto.

Desaparece la familia, pero se sabe de una fecha anterior aún menos exacta. Ahora, aparece como triunfo, ella repite y le hace de cobijo, lo ausculta, él se entrega, entre malos pensamientos se rozan. Él insinúa pasión, ella copia las palabras de su boca y tienta, por las noches sueña con abiertas las piernas, da vueltas en la cama. Toda ella se encabrita y se refriega una y otra pierna para aturdir al padre con sus encantos.

Sabe a licor. Sabe a negación el placer del cigarrillo, le prohíbe más allá de cualquier intensidad y por las noches se le acerca hasta la altura de los labios por oler su aliento, comprobar rastros de mala acción, palabra, solo un pensamiento.

PERMISO, dice llegando.

Sacó un pedazo del pétalo, revolcándolo cayó.

Desde mucho antes podríamos habernos naufragado, pero satisfacía aquel reflejo primero del encuentro y luego de oler sus perfumes lo cortaba, entre risas descabelladas y coronados llantos.

DEPRIME EL VIENTO perfumado de aquel día primero de diamantes. Entre disculpar esto, mis frases hechas de antaño, revolviéndonos pasabas del desequilibrar al equilibrio, esta revolución que habíamos tejido. Tras la infrecuencia fue que llamamos a la cordura, pero dije silencio y pensé hacer un regalarte de pétalos.

Te hice caer desde el cielo cuando hurtamos, una punta le cortaste, sin conocimiento te quedaste mi tesoro. Diluidos pensábamos que era todo o había sido, es mejor aclarar, una broma, desocupados los papeles, dije basta de seguir representando aquel drama descubierto en caída libre, después de todo, podríamos haber tardado en descubrirnos siendo huérfanos.

En serio, creí que te oponías a establecernos *inimaginados* una vez ocurrido el trágico episodio, pero nos pareció burlarse hasta éste, mi cofre. Dijiste claramente entender. Te vi razón, luego pretender, hasta que recordé el principio en el pasar inadvertido luego de un martes, riendo de tu estadía en escena.

Libre de creer ya casi nada de la medida exacta entre el jugar a que jugábamos, para sentirme importante de este importarse, o importarme un buen comportamiento ante el maestro, estábamos tramados en mis respetadas, nuestras redes.

Y podríamos, por qué no, circular como delincuentes declarados por nuestras psiquis heredadas, por nuestros *encarnecidos*, historia tragicómica actuada por debilidades nuestras, mía, tuya, nosotros, digo, disculpando aquel inconsciente oculto ocultando me perdí.

DORMIRÉ sobre las siempre vivas muertas, amarillas de tiempo. Difícil comienzo, la elección de sentirse libres en la habitualidad de vivirse, por estarnos éstos, los dispersos sin generación. Actualizando un primer episodio del acto en palabras, imagen imaginaria del medio, es que limitados sometíamos a confusión, generalmente por ese placer incontrolable de soñarnos inapelablemente incongruentes, como causa única de un mal reflejo, con tamaño desmedido, creer en el hacer modo único de salvarse.

Y vendrías diciéndome de aquella otra mirada que bailaba nostálgica ese tango, repitiendo repetías otra nueva, jugando entre bailes, balanceando sobre una cuerda los ojos enrojecidos del asombro.

Detenido todo en contemplarte sediento, una época de musas infértiles te atrapaba por esas ganas, desquiciado corrompías los vestidos que dejaron entrever un pasado dolorido.

ENTRE AULLARLE a las estrellas en reuniones de intelecto, y aullábamos, porque no había luna en esa partícula de tiempo, entre dormirse palideciendo, ya se perdieron todas las voces, entonces, jugaba desde esa oposición, luciendo descubierta, entreabierta, declarando aquel entregarse y era el placer de ausente el que me detuvo en el soporte estúpida, pegada en el acto una eternidad.

Lo acontecido en este tiempo equilibraba un hundir y ascender en plásticas arterias el veneno de la época, apoca desplazarnos en el espectro cotidiano, torpe navío pesado sobre las ondas olas de la espera, tuya o nuestra, naufragarse en un suspiro.

Se desplazó un momento del lugar con brusquedad, era en el fondo *acometerse*, creerse nosotros, aun siendo desplazados acordes de una existencia, antes de mirarse en silencio.

Contra lo inesperado debía persistir, *perviviéndose* en calma, una huella, un hilarse producto del pacto anterior luego de un martes, bastaba eso, inmiscuida en los actos cotidianos, sumida, propagada

en contemplarse frente al espejo riendo simuladas libertades. Cada cual disperso, atendiendo a los conflictos en veredas, en mentiras, sin importar nada, solo el pan, hasta carecer la palabra.

La era naufragaba, solo eso, el frío, el hambre, la ausencia de tabaco. Atrapados en la caída de las hojas, crearse a partir de una nostálgica respuesta, desde la calle establecerse como reflejo único de ejemplo, paralelo a otros los intentos desde el suelo y toparse con un perro tras las rejas. Ladrar fueron las marcas de una raza, una cultura en el oculto perderse del poder. Luego, pasear por el alarido de una patria sin asombro atrapando lo que había de un lenguaje muerto. Pero temidos de esa claridad, no era posible quedarse otro tiempo cuando el sueño te invade, vencíndote en las ganas. Subyacer.

UN CIGARRILLO, preguntó.

Asentí en desaire. Se me atoraba el humo, mordiéndose en las carnes por esa manía de sobrase piel en los dedos, desquiciada obsesión por acabarse hasta la locura de poseernos en el acto de beberse un café tibio.

Darí mi vida a cambio y con ella mil noches, mil sueños de madre herida, de hembra ausente, que despierta y se desnuda en otro plano. Pero hubo error y desnudos de deseo dijimos basta. Fueron otros los nacidos de aquel beso descubiertos en un pasillo oscuro. Comenzó la angustia y nació un desplegarse del soporte doloridos. Desde allí pude oírte decir que no amabas desde siempre. Él, apoderado de los rincones y las huellas se le adelantaba para verla dibujándose en silencio. Su rostro se me enlazó en un cuadro, un cuchillo le detuvo la muerte.

Me miró de frente con ironía, solo para representar una y otra vez más la trágica. Solo para eso se cierne codicioso trayéndome a la no traición, aunque yo quiera dejar todo esto. Se descubre el rostro para despojarme de mi abnegada, cambia de apariencia, solo para eso.

YO HE VISTO sus pómulos marcando surcos, deformándose hasta un pasado que se vuelve hacia nosotros los malditos, representantes de algo muerto.

No fue coincidencia tú y yo trazándonos. No fue azar.

Hemos sufrido el compromiso, adormecidos pero atentos y hemos de callar para pronto a pesar de todo enfrentarnos a los desconocidos y perdidos, malolientes, arrastrando decadencia.

Respuesta de los anteriores éramos efecto, o lo fuimos, hasta que hubimos de asumir, nos debíamos a esta raza.

Aun sabiéndolo te he visto pasear la noche con tus manos de sediento. Pides quedarte. Insistes en prolongar ese poder tuyo, porque en mis palmas está el calor es que quieres tocar mis manos.

Tu cuerpo se mueve.

Tu boca exhala en mi boca afectada, se precipita, movimientos nos atrapan hasta sumergirnos, naciéndonos al inicio de este pacto.

Una era nos respira.

Es por eso, rodamos la calle. Acudidos al pacto, nos rodeamos de éstos. Sin embargo, esa boca tuya lo perfila, atrae mis miembros disueltos en la niebla para desaparecidos en otro intento deshacerlos, puñado de miseria y esa boca que agitándose acude al eco retocando sólo el alarido.

Sólo el alarido podía ser referencia.

Sólo el alarido pudo ser reiteración.

Aclamados los retoques de exorbitados y gestores, ofrecidos en el renacer de nuestra patria.

Deleitados debimos ocultarnos para no ser vistos.

OTRO TIEMPO pasó hasta ese día en que traía un pañuelo verde al cuello, y de ese extremarse hizo que accediera una vez más ante el absurdo. Sus pliegues de una sedosidad desmedida, más aún que el ardor de sus medios tonos, me incitaban a contemplar como un credo el color. Luego de quedarse parado frente al mueble vi un verde más nítido en el vidrio. El ardor hubo conmovido mis ojos cuando nos descubrí mirándonos, otro parecer creado por mi siempre dormida conciencia.

Ella, sin conocimientos, recibía los encantos del aprendiz, balbuceando precipitados lamentos, moldeada danzando sus pequeños pies ante el comienzo.

El poder fue única motivación, el mundo entero se habría convertido, en tanto durara aquel encandilarse, y él, lo sabía. Conocía aquel magnetismo, sabiéndose responsable del abandono de ella tratando de aprehenderlo todo.

Ahora, me movía sólo una idea, alejarme del lugar y salí a las calles y anduve perdida, pero antes de partir, decidí dar un vistazo final al vidrio en el tiempo de mirarse, para quedar con algo que me hiciera seguir deseando.

Era de mi responsabilidad resbalar por los pasillos hasta cubrirme de fragilidad, debía actuar definidos mis contornos, establecer distancias, pero estaba atemorizada, cualquier error trizaría la fragilidad del agua, miles de ondulaciones serían el resultado.

SIEMPRE FUI DEMASIADO IMPORTANTE.

Dice, y agita desde los labios su perseverar, y reíamos por ese simularse de inocentes. Era ésa mi protegida, para nuestro deteriorado tiempo un perderse por las calles era absoluto, debíamos actuar ahora, sin prisa pero preparados, la *nea-era* vecinaba destrucción, luego vendrían los viajes por Venus, vendrían lo clásico y el transcurrir de historias y dramas. No más palabras. Nunca más hablarte amor.

EL MAGNETISMO y ese pañuelo verde, serían símbolo de nuevos cambios, motivados los placeres destejamos misterios.

Pensé en qué sería si ya no estaba cuando vinieras a despertarme. Muerta sobre una almohada sin manchas, ojos abiertos para siempre.

Se cortaría la cadena de mil voces y tendrías que desplazar tus deleites del soporte.

Esa imagen imposible latía entre deseos. No soportaba otro tiempo así. Entonces, destruí pliegues para acabar con toda dependencia innecesaria. Ausente pedí a gritos, hasta caer en el alivio de tenerte una vez más.

EN LA SOLTURA DEL ANDAR se hacía pleno mi paso inadvertido por las noches. Una agresión en las miradas. Los muertos yacían a pasos lentos frente a los edificios.

No podía evitarme plasmada en las historias del papel plateado. Vertirse toda derramada en una calle, llenando la imposibilidad de replantearse ante las vitrinas.

Ésa, arraigada en el trasfondo de la calle, penetrando las dolencias del gentío. Ahí actuaba mi *dotada* inevitable, en el dolor a reconocerse frente, determinada, la *nea-era* arteriaba superficies. Excederse dibujando cicatrices en la piel de una ciudad, paseando los matices de una dolencia exagerada.

Era, yo, agente de cambio en los planos de la calle. Me debía a esta raza como a mí misma y a tus quejidos.

Pronto, nuevos misterios *ha-dejaron* hiel en otras bocas, declarando amor a una raza deslumbrada por tus gestos. Otras te bebieron y alejaron del camino. Los ardores de una generación hambrienta te llevaban de mi lado.

BORDEADA debí aventurarme en el vacío de estas cavidades y mi espectro alteró sus movimientos. Impidiendo una unión como la nuestra, tú accedías diluirte tras los encajes, tras las pestañas de las hembras de la patria, que caían una a una devoradas por tu anhelo. Bebías irrigaciones en sus pechos, precursor de pequeñas frases, frente al hombre y su contexto, absorbías palpitante tras los ritmos, creyéndote vocero de algo nuevo. Sin temor, insinuabas que habíamos de trabajar como soportes nuestros propios cuerpos.

DIFERIDA DESDE LA CALLE hacia las retorcidas mirabas todo ese dolor que te causaron, pero avanzaba por el tiempo y sus maquillajes de muerta, fúnebre tormento de ojos, insinuaban la dispersión de todos estos años.

Sueños con un pasado de cabellos rizados y albas de pequeños labios. Sentida en esas ganas de un hacer indispensable. La poética tardaba, sólo eso. Emigrar hasta un pasado de olas muertas dejando ecos repartidos en tímpanos secos.

No hubo testigos, tampoco llanto. Solo odio, tras las absorbidas que convirtieron muros en alas mustias. Un vuelo en picada sobre una de tus cicatrices. No había valor entre tantas lágrimas, destierros de caminos extenuando sequedades.

Palidecer este invierno de espaldas sobre la arena, harta de hembra dolida, detener un tiempo sin prisa, luego de haber sido referida miles de veces.

RECORRISTE noches hambrienta, testigo de calles sin dignidad. Testimonio de miles de años creyendonos elegida, cercados por el fuego, danzábamos gritándole a la nada, perforando una humanidad sin límites.

DECIDIDA LA PARTIDA nada entorpeció mis deleites por las grandes avenidas. Cambios de aspecto mostraban el relajo. Melódicas armonías desquiciaron nuestros únicos momentos de contemplación, evitando un tiempo innecesario, tarareando pensé hacer un homenaje a la última del día, creación antojadiza, de los tantos, entendiéndose como más de todos, desamparados y caídos en atemporalidades muertos por decreto. Sin embargo, yo, vaciaba por la calles un perfume delicado a muy buen modo como algo natural.

Libertida, recorrerse como una pieza más de las tantas, criatura tramada del deseo de voces ocultas en un cofre.

Apariciones y disturbios retratados en recortes de diarios maldecían dispersión, desde mordida de labios hasta acabarse siendo alimento tu propio pellejo.

Ahora sentada frente al fuego, humeaba mi callada en un silencio ajeno. Doradas mis prendas de luto, traslapados intereses por deshonra en el acto de ese cambio. Memoria de galope tejiendo huidas polvorosas. Reclamando la abnegada herencia de un pasado *in-exigido*, hasta descubrirme la última noche amanecida luego del efecto inerte.

DESQUICIADOS DESDE EL VIENTRE, desde esa inmensidad suya, odiando desde las manos la creación de sus nacidos, implorando con ello la alegría de todo un siglo.

Fuiste dividida, propagada, mutilada, creyéndote atemporal, desde aquella unidad con tus quejidos te ofrecías despojada de una inmensa complacencia.

Vi como parías desde los sudores grietas en las sombras, fui espejo de tus lágrimas sabiéndome a la espera del nacimiento de tus pechos, mientras tú reías flotando orgásmica de espuma.

VOLVERSE POR COSTUMBRE a los dominios en un solo voto, casi arrojado, con la vuelta. Distráido asombro cuando se está nuevamente en casa. Afrontando aquel modo de sentirse viva, para distraída desde las miles volverse a lo *uni-vido* por razones nuestras.

Mi regreso fue en silencio, parpadeando esperanzas.

Buenas tus noches dulces de sueños –me atreví a decir.

Tú escurrías desde los pesados párpados, completamente al tanto y nada más reías al momento de mi vuelta.

Sabías que lo nuestro naufragaba, aún antes de precipitados los riesgos y todos los desastres, ambos lo sabíamos. Vivir en un tiempo suspendido para ese entonces. Un tiempo que bien podría durar demasiados años. Excluyéndonos, otros, enajenarían la inmediatez de todas esas pérdidas. Otros, decidirían disminuir los encuentros negándonos el acceso a la siguiente tregua. Otros, en el tiempo de la guerra, compadecían a sus niños de milicias clandestinas.

RECIBIDOS ENCANTOS HIZO NÍTIDOS de aprendiz, placer que oprimía sus carnes rubor de resignación. Mezcla asfixiante de padre herido, de hembra ausente, naufragado testigo de acordes y panfletos sedientos de palabras. Arrugada la piel de alucinar, goza la carne y se descubre pétalo, explorando tantos como cuantos placer quisiera. Gimen sus ideas de malnacida y de madre la vergüenza, perfumada de ganas, coronada de dolencias, toda ella, la arrepentida, arraigada de espejos, excesiva de calles –nadie dijera– sonrojada de maquillajes. Satisfaciendo perfumes grita, cuando del silencio añoraba la cordura de sus faltas, desquiciada obsesión de pómulos marcando heridas enfrentando desde el vientre, brazos y piernas de sedienta y abnegada su resignación. Sueños de paisajes muertos, escondidos y tenaces, criatura antojadiza vaciada de disturbios, retocando sus prendas de luto. Dulces noches escurridas desde los párpados –dice– siendo acabarse mil noches, en tanto durara aquello de seguir deseando.

CAPÍTULO

II

Coexistencias

Situaciones extrañas abordaron en aquella, la habitada, referida a la que llevara desde sus primeros dientes, o antes, desde el cráneo cuando el pequeño cuerpo intenta la vida.

A pesar de la desgracia de sus genes, de las malformaciones desde su concepción, un movimiento difuso le atrajo a formularse una y otra, las veces que fuera necesario como única por esa mentalidad que asombrara desde viva.

En aquella, reconocía suya la tragedia, cúmulo el pasado, estaba, y no sola, en frente de aquello, desde el cráneo la habitante de su raza, para asistir al nacimiento de una pérdida, latiendo en el tiempo de un espacio de concreto.

Perviviéndose a través de aquellos ojos, se supo él imprescindible, un nexo para esa cohesión de la que se desmembra, de la que se deshace entre estallidos los tímpanos por una habitada que agobia.

Y era tras la otra, una nueva, aun impidiendo su mirada en el temor de aquellos ojos, la que motivaría cadenas anteriores plasmando gotas como manchas en los muros. Enfrente de sí buscaría en aquellos ojos, por los cielos de una habitada completamente viva, como tantas otras que existieron antaño, sujeta a devoción. Marcado sabor a padecimiento innecesario, miserable de aspecto, como las requeridas para ese entonces.

Anidándose en tradición hoy, repitiendo en los ingenuos, peor aún, la presencia de un grito, de los que vivieron en el pasado su mayor momento.

*Él, viejo de aspecto,
iba tras la pequeña,
y ella se le arrancaba de los brazos.*

*Adosado a las paredes
se le aparecía, maldita conciencia
para evidenciarla en su desgaste.*

Desde sus bamboleos, sensualizando historia, como en una danza, su única motivación sería el dominio.

Descorrerse de ese manto de noche en una escena cuidada hasta en los mínimos detalles. Bordeada, quemando su cuerpo, fija la mirada hasta él por arrancarle lo que le fuera propio, por repactar la sed de vida que habitó su cráneo, enfrentada en una batalla por la fuerza, gritó:

TENGO MIEDO

Y cayó desplomada, sentida en su despojo. La otra, la que invadía su cuerpo, fue ascendiendo desde el estómago.

Desalojada dualidad de ésa, la que se deshace en silencio, concentrada desde una robada de sus ojos. Él, la sostuvo entre sus brazos, para luego de espaldas apoyarse contra ella, para sentirla cerca.

Esa habitada, se hizo manifiesto como una cadena interminable de quejidos. Desde allí, vivieron la inmensidad, manteniendo sus posturas rígidas, por lo preciso de permanecer calmos.

Pero ellos debieron separarse cuando el ardor brotó con efervescencia desde el centro. La cercanía con algo que iba desencadenando una cadena interminable de quejidos, hasta que en un momento sus cuerpos ardían, se quemaban.

Cantaron a las dos menos cuarto los gallos

*La casa está a oscuras,
salvo por el reflejo de la luna.*

*La casa está en silencio,
salvo por el crujir de la madera.*

Una mujer de avanzada edad y cabeza cana cruza el embaldosado negro en dirección al extremo de la casa.

Lleva entre las manos una bandeja de aluminio sobre la que se agita un vaso de leche y un jarro.

La voz de un anciano parece como si la nombrara desde una de las habitaciones al tiempo que un niño llora. La mujer se acerca hasta una de las puertas, como si tratara de cobijar su llanto, pero de inmediato, con un movimiento firme sigue por el pasillo hasta la puerta contigua.

El anciano, rostro severo, mirada inquisidora baja los ojos, su mirada se clava en el suelo. Amarga, la mujer deja el vaso de leche sobre la cómoda. No hay color sobre sus pómulos, tampoco brillo en su mirada. Inquietas sus manos tiemblan, demacrado su semblante denota padecimiento.

Del muro pende un clásico retrato donde ambos aparecen retocados, ruborizadas sus mejillas y los párpados además de los labios. Fiel testimonio un espejo, refleja como los ojos entrecruzados con los de ella. El hombre está postrado sobre una cama de sábanas viejas, un almohadón le sostiene la espalda.

Toda la habitación huele a muerte. Algunos niños corren por el pasillo hasta la puerta de entrada, buscan desesperadamente una salida.

En tanto surge al desalajo

Pues era otra la distribución de aquella que les dio cobijo. Y tras la caída de esa como única imagen posible, fue que se les vio dispersos recorriendo las calles en silencio, alejados, discontinuos, indistintos se reparten hacia los extremos buscaban otros que como ellos, no se precipiten.

Un muro marcó la casa, traspasó la historia

Luego de aquella noche, separados radicalmente por mandato, rodábamos ausentes de volumen por las avenidas céntricas. Reír y especulábamos acerca de tantos montones de nada oliendo a sutil interés, y paseábamos entre algunos, que como todos, no entendían nada del reciente estupor por esa mirada tuya queriendo renacer en mi más sensible volumen.

Habíamos vagado incansablemente desde nuestros desarraigados temores, porque aquel cobijo nuestro iba deformándose, *des-conforme* a sí mismo repartido, como si un ejército negro de jinetes descalzos sacudiera represalias en nuestra contra, decretando la inminente separación.

Un acuerdo entre los que nunca entendieron nada acerca de las cualidades de una unión como la nuestra.

Porque somos siendo un peligro

De un lado, ella se apoya en una puerta inexistente, del otro, la idea, apenas un sonido de las cuerdas. El pasado va y vuelve, en ocasiones llora. Esta vez no le teme cerca. Definido el evidente deterioro. Adosado el cuerpo contra las paredes. Ella imita sus trazados en denuncia, doloridas sus manos duele al frío, inquieta su aspereza, sus carnes se diseminan cuando brazos tocan el cemento.

*Pero si ella fuera una alucinación,
distinguida sería su vergüenza.*

No sería más que sombra.

No sería más que olvido.

*Sola sería en su calvario el precipicio
la evidencia de su propio desarme.*

*Una grieta puesta en evidencia
en espera de erotismo.*

CAPÍTULO

III

*Insaciada se busca, repetida se hace rito,
en silencio se desborda*

Sentada en frente del espejo, bordeada de alimentos, variedades líquidas, café, licores, gaseosas y leche, además de cigarrillos de variadas marcas para su relajo, toda ella bordeada del consumo atenta a ese vidrio, se dijo: “maldita consumida”.

Entonces, se llevó a la boca algunos granos, luego líquido para producirse ardores en todo el cuerpo para comenzar sus retoques de sedienta.

Primero una línea, para cruzar los párpados rasgando aún más sus ojos. El negro intensificaba esa mirada suya.

Enciende un cigarrillo.

Pronta, continua en sus maquillajes, los párpados fueron bordes negros sobre la palidez de éstos, los perdidos en frente del espejo, para proseguir acentuando pómulos. Polvos blancos sobre frente y mentón. Acabado el cigarrillo, aprieta los labios. Su boca aún seca, perforado aliento, agregó licor.

Enfrentada, aferrada a ese poder quedarse de aquella, la buscada insaciable, sus labios fueron tapados y el rojo cubierto de negro, haciendo desaparecer las grietas.

Ella atrapa entre sus manos un pedazo de carne y se lo echa a la boca, masticando una y otra vez por esas ganas, sensación de vacío entre la lengua y el paladar.

Su pelo mojado, desde la frente escurre en gotas.

Pero no era saciada su hambrienta, no esperaba desde los labios gritando por una solución fría que la inundase por evitar ese ardor.

Con el vientre a punto de estallar, ella siguió degustándose en frente del espejo.

Luego de acabados sus retoques otro cigarrillo y un café para volver a mirarse así de muerta.

Determinada por el negro y el blanco, contorneada por los brillos del consumo, todas las gamas estuvieron fuera de sí, pertenecían al espejo, ocupaban todo el espacio, salvo el suyo, que estuvo entre el negro y el blanco de su rostro maquillado.

Quiso vaciarse, atraer la intensidad de esos bordes hasta el rostro y aferrándose a la mostaza se apretó el tubo sobre las sienes.

Delineaba la nueva imagen con la intensidad del amarillo para continuar ruborizando de mermelada los párpados. Su boca abierta a un puñado de moras dejaron parte de sus encías negras.

Apretó los dientes frente al nuevo goce, entre los labios, el cigarrillo encendido, marcó en el vidrio esas brasas.

Muy cerca de sus mejillas, quiere poner en acción esa imagen, apoyando un tiempo muerto en el espejo, quema pómulos. El rojo aparece desde sus mejillas blancas, el ardor cede en un grito seguido de lágrimas.

*Sabiéndose consumida, a pesar suyo,
por esa imposible consumada
se vio consumida de esas ganas,
impotente de concreción.*

Único referente, vacía, satisfecha de granos, desbordada de líquidos su vejiga, apretados los pulmones, lanzaba gruñidos por esas grietas.

De pronto, abruptamente se abalanzó al espejo y luego de retorcida, ceñida en sus dientes, abrió la boca dejando fluir viscosidad, la de sus desechos.

Vomitarse hasta vomitarse completa frente a sus ideas de delicada para vaciarse una vez más de los productos.

Luego de sudada, escurrida de colores, con el rostro deformado aprieta sus manos contra un frasco blanco.

Recorre a la leche, limpiarse desde el primer alimento y cubrirse en un rostro que es otro, reapareciendo su imagen pálida, como en los comienzos, pómulos rojizos, ojos ausentes.

*Si hubiera esperado un tiempo, si hubiera podido guardarse,
otra hubiese sido su respuesta, porque su aroma es fiel en frente del
espejo, es desde allí, su sedienta repitiéndose cíclica la milenaria.*

A propósito de esa aparecida suya en frente del espejo decide su salida a las calles.

Por su definitiva famélica, se presenta bajo los paños de la noche. Como una desvelada, se aproxima a las denuncias, lleva el rostro cubierto. Todos los que pasean la noche van cubiertos, salvo los vigilantes, que permanecen inalterables.

Sus estampas son moldes alternados en cada esquina.

Ellos no responden cuando se les acerca, como autómatas cumplen rol, respondiendo ante determinados gestos, allí, sus movimientos son vigorosos.

Sin embargo, en los ocultos, ella logra respuestas en los ocultos. Ellos la bordean, abiertos sus brazos la mendigan y si hubiera de callar, ella hablaría pero son los mismos –dicen las esquinas– entre aletargados y dispuestos, para terminar arras-trándose como mendigos luego entre bares, copas y humo, ella tramará su desconcierto.

Luego de salida a las calles, ella luce luto

Como una desconocida se desaloja de las calles por ese nuevo modo al caminar.

Entonces, les pregunta.

–Por qué sufrir la condena.

–Porque es necesario –responden.

Ella sostiene su vista fija hacia los que la bordean, volviendo sus rostros a la vereda de enfrente.

–Es parte del cambio –volvieron a decir.

Y lentamente fueron dejando sus espaldas descubiertas, mostrando sus cabezas rapadas.

Estampidos recortes, lucen gamas de otros coloridos. Un hielo metálico escurre entre los puntiagudos zapatones. Indistintamente hombres y mujeres descubren sus espaldas insinuando sus contornos recortados.

Los graffitis y esos cuerpos se proyectan virtuales. Distráidas sus siluetas, denotan las borrosas marcas. Invocando épocas, sus siluetas gritan contra los muros tapizados de afiches.

Pronto, se van acercando muchos de ellos, errantes, discontinuos, tapizados de calles. Algunos de los que se arrastran, acuden temerosos. Ella, inmóvil, puede ver como esos cuerpos se desplazan entre las sombras, al instante en que un bus militar recorre la ciudad alumbrando con sus fuertes focos la avenida.

Toda la calle está vacía, salvo ese lugar donde se desarrolla el espectáculo. Salvo los descarriados de antaño que abandonan sus papeles para alumbrar el vacío de una ciudad en sombras.

Luego de temerosos, cada vez más cerca, van parándose y lentamente, forman una sola cadena de delineados contornos.

Ellos buscan culpables

Por esa necesidad de cambios, ella sostiene su postura firme para repentina volverse de espaldas, dejándolos libres de aquella estampa única.

Displicente se permite la huida, luego de sentir sus diferencias con el mundo, ella se aleja.

No bastaban esos muros manchados, plasmados de negros, blancos, grises, evidenciando los horrores de la historia.

No fueron suficientes para soportar el agravio de una patria descolorida.

Porque manchados son recubiertos.

Blancos, ocre, tierras, serán muros escupiendo mentiras, no más que retoques, cuando los trazos se desvanecen.

Presiente ésa como revelación

Llegada a la casa recoge sus cabellos en frente del vidrio. Luego, entre líquidos quejidos frota su cabeza contra las paredes entumecidas, danzando el cuerpo producido el goce y a pesar del frío, reduce sus movimientos, limitándolos a lo extremo.

De escalofríos y temblores bajo las palpitaciones se desnuda. Nuevos sudores acompañan su famélica estampa.

Lanzando un grito deformado, sórdida lluvia de repetidos espejos, baja la cabeza bramando un último gemido.

Deleitada recoge un trozo y da comienzos. Cercenarse por el cambio. Sus negros desatados de antaño ondulados divierten la caída sobre el embaldosado negro.

Mutilando su nostálgica fachada, luego de desnuda, ella se ha emparentado con la raza. produciendo la ruptura con ese pasado venido desde el Norte para bautizarse como una más.

*Arroparse como una cualquiera entre las sábanas.
Inusitado fluir del sueño invocando solitaria
para luego de despierta provocarse pesadillas.*

Serena, mecida, como de pequeña, se entrega al sueño.

Por el abandono de esos años en que hubo de cuidar sus cabellos ondulados da comienzo, desde la periferia hasta el centro, es desde allí donde han de producirse los movimientos. Olerse, olfateando las incrustaciones del amante. Centrifugados remolinos, hasta la sutura de nuestras cicatrices. Desatados de limpieza emergiendo de esa emparentada lucen otros. Pero nada es suficiente, después de conocer el hambre, ella abandona la escena.

*Hembra emparentada
de una especie de dolidos no basta,
luego de sus dulces sueños,
se reduce al desatado despojo de su múltiple fachada.*

*Si ella hubiera esperado
y pronta, dispuesta a recibirlos.*

*Si en ella hubiese esa quietud,
no arrastraría sus brazos abiertos,
ni vagaría luciendo testimonio.*

*Si ella elevara su frente para recibirlos,
pronta sería su sanada.*

*Luego de sus brazos, cubriría aquel vacío.
Luego de la sangre no bastarían esos para cubrirla,
entonces, bebería empapada arrancándose las ganas.*

*Imperfecta, referida a esa patria dolorida de abusos,
bastaría que dejase marginado testimonio.*

CAPÍTULO

IV

Intentos

*A mi querida, muerta
en el nacimiento de mi bien*

*Envuelta entre frazadas,
tirada en ese cuarto de memoria
que desde un mínimo, ellos dejaron.*

Arropada entre los escombros.

*Se lo llevaron todo,
sólo le queda el tiempo,
hasta las calles.*

*Está tirada sobre ese montón de frazadas
roídas por el tiempo.*

No hay respuesta.

Vinieron con herramientas y cuchillos, vinieron en cualquier momento, llegaron de pronto.

*Como una forma brutal de quitárselo todo
se abalanzaban destruyendo las paredes
se lo arrancaron de los brazos.*

*Sus ojos ahora no brillan.
Ha dejado de hacerse evidente.*

Amanecía, cuando llegaron a la ciudad con sus aires de tragedia. Tuvimos que abrirles paso. Llevaban cortes en los brazos, quemados sus cuerpos, repetían tradición de tradiciones.

*Entonces, aparecerás para decir
que es el tiempo de nuestros tiempos
y que la calma se parece a la muerte,
haciéndome cómplice,
sin otra posibilidad.*

*Y que seré yo
la que buscará por los rincones
queriendo aparecerla, hasta hacerla amante,
otra la noche envuelta.*

*1. Dos mujeres, pasean la Avenida D. A. 2.
Juntas, recorren las calles a paso lento.*

Cada vez más aumentaba su cansancio frente a las inapetencias producidas de conversaciones absurdas y tardías.

Palabras que, sin embargo, les ponían de manifiesto en similitud. Arrastrando comunión. Inagotable astucia para con sus invitados.

Pero eso lo hacía distinto, ardía esta vez con otra intensidad. Significaba, tal vez, que en ella encontrara al fin el acople perfecto en el placer de ese pasado doliendo.

Se entendían plenamente, bastaba una mirada en discreción, se unían en una complicidad definitivamente íntima.

Ella se le abrazaba con latidos fuertes y se quedaban así, haciéndole frente a un tiempo impreciso.

*Evidenciarse en el placer,
les hubiera significado una vergüenza,
preparadas desde el inicio
para arriesgarse en el peligroso gesto.*

Ciertas y dispuestas a enfrentar mandatos y cumplimientos de los hombres. Ya lo habían intentado todo y siempre caían bajo aquella mueca que indiscutiblemente dominaba con desenfado el territorio de las pérdidas.

Tanto habían luchado intentando la pasión, abiertas para él, renegando de los apetitos más veraces. Descubiertas en la frialdad del acto.

*Era enfrentarle en pasado, decir absolutamente todo,
todo lo que les estaba sucediendo.
Para intimar con un poder que intuían como propio.*

El aire huele a nada, una mira de reojo.

Ellas se abrazaban así, evitando la vergüenza.

En el fondo fuimos educadas para eso.

*Por cierto . . . lo otro,
no sería más que un desatino.*

Evadidas entre los recuerdos, apareceríamos una y otra vez entregadas a la costumbre. Réplicas imperfectas, asfixiadas en el cuerpo desnudo, simulando nuestros desarmes.

Criaturas como atisbos de situaciones devotas que aparecían para evidenciarle a él la posesión, uno que otro instante en que notaran la presión de sus manos, queriendo persuadir las por la fuerza.

Él sí se portaba como todo un hombre, como si no existiera en el sexo pasión por los temblores, señalando su corpulencia renegaba, reprimiéndose con gestos de denuncia.

*Luego de desatada la tormenta
una lluvia cubre su rostro.*

*Debió decírselo,
es en ese momento que hubiera
debido contárselo todo.*

Acaso debían seguir fingiendo y decir que todo estaba como de costumbre, pero la pasión ardía en sus memorias, parecía increíble que luego de haber estado tan unidas no seguirían viéndose.

*Sin embargo,
duermen de espaldas a la noche.*

*Tientan silencio,
pero es también por la espalda
el dolor intenso, al mínimo sonido del motor.*

Todo por la incertidumbre a los senos de la otra que apague ese calor. Perfecta alzándose en la calentura. Por el privilegio a ser las parturientas, en el despojo de los pequeños cuerpos al momento de nacer.

*Siento el gusto amargo de mi bebida.
Las vitrinas lucen modelos frías.*

*Los blancos maniqués,
no proyectan sus sombras en el suelo.*

*De amanecida no duerme
por sentir en ese cuerpo
el olor de la fiebre.*

*Detiene sueños,
tiembla adentro del laberinto.
No existe otra salida.*

La idea la devuelve a la confusión. El desgaste en la humedad, allí entre las piernas, que se aprietan buscando el momento exacto.

No hay vergüenza, tampoco descontento al morboso placer que deja la tibieza del cuerpo ya vaciado. Más bien asco, reconocido el intermediario, asumiendo aquel estado de interferencia, por no ser capaz de estar allí en el primer intento por arrancarle el pezón de la boca.

¿Te acuerdas madre, cuando apreté tu pezón tibio?

¿Te acuerdas? ¿Y el placer que te causaba cuando se te expandía allí abajo? Éramos espejos madre, unidas nuestras fuerzas, tú y yo, éramos todo.

Ahora, propicia en un escenario de las pérdidas, desiste. Incapaz de resistir el asedio irremediable, no de lo que agobia desde siempre, no dejar la vida en la vida, sino dejarse de vivir por tradición.

*Renunciar a los ideales perdidos.
Ser diferentes de las otras.
Ser verdaderamente diferentes
de cualquier construcción.*

*Había mucho miedo.
Una idea de dividir arraigada.*

Dominados en vísperas de generales, asistíamos con agitación a la propuesta del nuevo tic, acompasadamente.

Desplazado el enemigo desaparecieron ciertas referencias.

No había ninguna seguridad. Nadie sabía cuál era el motivo real de aquella emergencia.

Dictámenes desde sectores siniestros harían que nada pudiera mantenerse a resguardo de las pérdidas.

No había mejor estrategia que acoplarse al enemigo, detener el instante donde se cierra el plano.

En la proximidad de nuestros gestos se unía una fuerza. Pero no la suficiente, caíamos igualmente desvanecidos frente al descontento con que se intensificaba la violencia de los mandatos.

Evitando con astucia el escenario perfecto de aquella construcción siniestra. Sólo podíamos adoptar un cuerpo en que nos iríamos reconociendo en otras palabras.

*Pereceríamos doblegadas,
reducidas a lo nefasto de sus dictámenes.*

Tal vez, el deseo comenzó con atreverse a aceptar aquel extraviado desinterés. La urgente necesidad de hacer propio todo aquello que los otros desearan. Se imaginó entre ambos delirando, deformada de placer. Arrebatándose la gemía con presentes y señales. Descifrando signos, sometida al acoso de lo impensado, a pesar de la rotunda ocupación.

*Grácilmente maquillados,
imposibles de cordura,
irían paseándose débiles los hombres.*

*No más que una pose,
frente al irreconciliable hecho
que encarábamos por hoy.*

*Indefinidos ahora,
todos seríamos la indiferencia.*

*Asumidos en silencio,
repletaríamos plenitudes.*

No fue fácil elegir cómo relacionarse, cuando afanadas debilidades y supuestos cariños, omitían la negligencia de los que nos hacían desvanecer. No éramos más que un egocentrismo anticipado frente a la verdadera entrega de los otros, cuando se les iba la vida y nosotros caíamos a un negro vacío.

Ser el ejemplo de la una, el desatino de la otra.
Impregnadas de fatigados deseos y nuestra vitalidad.
Descontroladas en los significados más allá de todo sueño,
algún supuesto o tal vez sólo la imaginación.
Discordantes en lo que acontecía en un tiempo de blasfe-
mas colectivas anticipándonos hacia alguna concreción.
Ya nadie estaba libre.
Sucumbíamos hacia las visiones de futuros desbordes.

Buscándose la una, en la displicencia de la otra.

*Odiadas por sus obsesiones,
arrastrando con ellas
las envidias del tiempo en sus heridas.*

*Perdidas mujeres doliendo de acomodados
por lo imaginado y lo de imaginar.*

*Ah, si dieran algo más para su alivio,
como cambiarían el compás de sus lamentos,
pero una inteligencia perdida,
las vuelve a los márgenes de una historia.*

*Otras serían las bocas abiertas
para nuevas palabras,
pero es sabido que sólo la conveniencia los atrae.*

*La conciencia de ser madres y el sutil llanto de las crías.
Bien saben ellos, disfrutar los manejos,
para lucrar con sus esquivos dividiéndose.*

La idea no le parecía horrorosa, después de todo era enfrentarle, ponerlos al tanto, cansada del dolor que se repite.

Si se hubiera topado con él aquella noche, habría perdido el juicio, lo hubiera obligado a llevarla lejos, pero no se habría derrumbado.

No soportaba ponerse en evidencia cumpliendo el maldito rol y verla tan distante, tampoco quiso aceptar que sólo renegara del misterio, por intuir su propio desarme. Hubimos de separarnos por ese afán. Incapaces de aceptarnos viendo lo que somos y seremos quién sabe, ¿madres?

–Son vulnerables –ella dice.

–Solo una vez en la vida y quedan desechos por lo que les quede de tiempo. Una sola vez y es definitivo, en cambio yo, podría hacer repetidas veces lo mismo.

Somos diferentes, sí que lo somos.

–¿Y tú, qué harías si yo te dejara?

La dejó partir, expuesta a la ambigüedad de un deseo, para terminar siendo no más que un triste sueño.

Qué ocurrencia.

Ahora, más calmada sabe que seguiría viviendo, puede asegurarlo, moriría de sola por falta de nicho.

Al parecer era destino, aferrarse a pasiones no resueltas y amores imposibles, gozando sus cuerpos habitados de temblores. Allí crecía inexplorada toda esa bendición que significó ser fuerte, cuando otros la necesitaran.

No. No fue fuerte.

No fuimos lo suficiente.

*No éramos más de lo que odiábamos ser,
y seríamos, quién sabe, madres,
para dejar de actuar finamente por instinto.*

*Mientras a este paso
veo mi propia sombra enalteciendo el suelo.*

*Y quizás, algún día, ella deje de esperar,
y que eso le devuelva algo de realidad.*

2. Sentadas sobre un banco de la plaza,
una se echa desconsolada sobre la otra y llora.

Acaso deba abrir los brazos para sus dulces sueños y con aceptarlo bastaría. Sea hijo, que estallemos de una buena vez de esta irrealidad que aún nos conmueve y protegernos, por cierto, en el fondo significaba nada más que encontrarse frente a otra máscara. Convertida en un acto fallido, aceptar que desde antes, debilitaban nuestro pensamiento.

Arrojadas hacia un vacío interminable, más aún en la presencia de las grietas. Ir más atrás del vientre invocando los succionados senos de la Mater. Viajar desde un primer recuerdo. Inquietos, ensimismados de la finita quietud.

Imágenes de degustada succión revelando actos repulsivos y cotidianos en sus malditos senos. Belleza propia del género, doliéndonos de parto anticipado. No existiría alguna opción a aquella maternidad reiterada.

Todas buscando lo mismo, la inmortalidad de la cría cuando está dispuesta a nacer. Luego, despojadas por el traspaso, ahogadas en la pena del pecado, seguiríamos gimiéndonos en apariencia débiles, para confirmar lo escrito antes por otros.

*Pero estaba aturdida, no había ya en su cuerpo
aquel ardor que le provocaba la sola idea.*

*Imposible su género disperso, deleitadas caderas,
en el sínfin de sus manoseados pechos, perdida,
consumada de caricias,
expandiendo sus imágenes hostiles.*

*Quiere atraerla para sí.
Una vez más le gime en insidiosa distancia.*

Pero qué de tanta indefinición, si en apariencia pudiera ser que estuviéramos absolutamente todos pendiendo de un último filamento. Al tanto de todo, reencontraríamos los placeres perdidos y la salvación.

Por lo pronto, seguían las esperanzas en cada crío que aparecía como regalo, gimiendo aquello que en coincidencia repite el placer de vaciarse una y otra vez.

Sea que el tiempo será testigo.

Por lo pronto, no faltarán audiencias para el desgaste.

Las avenidas aún frotan cuerpos en sus veredas. El cemento se apodera del sudor del día que evaporado sigue a la noche, para ir atrayendo a más de todos esos desalentados...

Y ella se abandonará a su caminar en silencio, acarreado con ello la indefinición del tiempo.

Siendo una cualquiera retratada en una que otra vitrina, moviendo sus deleitados pasos al caminar.

*Mí sexo
muere en nombre del amor
es por lo que sólo a tí
te amo cariño.*

*Arrastrado su cansancio,
hastada de las irremediables quejas.*

*Hurgando en calles enervadas de omisiones.
Nuestros muertos.*

Debieran acaso ver las cosas de otro modo –decían–, variar los estamentos y volverlas a ellas a un primer plano.

A pesar de ser las embanderadas de la patria.

Deshacerles las máscaras, aun en contraposición con los mandamientos para descubrirnos omitiendo tragedias, desaparecidos y abusos, para la salvación de nuestra patria.

Desde hoy dejarás el nombre de Eva, ya no serás ya la portadora del codiciado origen. No serás más que mujer del viento, tendrás el cuerpo rígido y soplarás las aguas.

Aprenderás a desconocernos desde las alturas.

*No penetrarán tus heridas
ni serás succionada,
tampoco la heredera de la eternidad.*

*Atraerás honrosas plenitudes.
Todo tu cuerpo será un compacto,
luego de conocer los pecados de la carne.*

–Todo había sido dicho –luego de una dulce comunión, ambas mujeres enrojecieron.

Salve a todos los pecados marginales

Revolcadas en el dolor a una femineidad ilusa, portadoras de sus contradicciones ellas se divierten, porque han sentido más de alguna vez desde el vientre los rápidos latidos de criatura en los que se adelantan y las delatan en el sexo.

Se los han imaginado más de una vez. Acaso sea que hasta ellas mismas se los provocan.

Les sienta el color de la maternidad como a las otras, pero se saben mejores que todas ellas.

Una sensualidad fragante al sexo entre las piernas evaporada de ungüentos las predispone.

Se humedecen más aún, han renegando de ello.

Puede que exista revancha en sus palabras, pero son otras las que provocan, ellas nunca fueron responsables de esas ideas, descarriadas merecen tal redención, hace falta verlas para saber que se han contaminado hasta los huesos de otras inmundicias.

Cómo detestarlas entonces, al cabo somos en parte responsables, fuimos acrecentando el resentimiento de la madre. Ella ya no está interesada por la creación de sus nacidos. Más bien reniega de ellos.

Maldita en su irresponsabilidad, bendito su martirio.

*La plástica
nace con las formas curvas.
La sensualidad de la curva,
denota ese vacío que llevamos puestos.*

*Descubren
la carencia de falo.*

No fue obsesión.

Atraída sobre el líquido espeso perfumada la vi avanzando por entre la espesura. Era agua tibia avanzándome, cuando se me parece, se me aparece, suave y perfumada siento el cuerpo mío dividido entre la espesura del agua.

No era delirio, pero fue tanto que lo que de ellas había que aprender que se obsesionó con los mínimos detalles, hasta el más leve desplazamiento, formaba parte de la minuciosa ocupación.

Ella se me aparece. Se me parece, me atrae y acaricia.

El cuerpo mío dividiéndose entre la espesura.

Tras cada gesto, sintiéndose incansablemente delicia, íntimamente al tanto de aquel peligro que antes situara su origen.

Pero si las imitase ahora.

Si delicadamente se apoyara sobre la inconsciencia de su presa, atraído en forma suave lo dejaría abyecto.

Danzando se convertiría una vez más al insomnio que provoca precipicios.

*3. Ambas pasean piernas semiabiertas,
frágiles sueños y lloviznas.*

*Desprovistas,
piden ser poseídas solo por tí.*

*Rudo de aspecto,
atentando sobre cansancios nuestros.*

Dormiríamos luego plácidamente...

*Todos desconocen sus cualidades, sus senos curvos
gustosos hierven.
No conocen la candidez de sus caderas.*

*4. Una de las que llora se abraza con fuerza, la otra
luce su sombra enaltecida desde la calle.*

¿Será, que hemos dejado de humedecernos con verte cariño?

CAPÍTULO

V

Actos fallidos

1. *Estar*

*Así de tendida.
Su cuerpo blanco,
blando . . .
esperaba ser trazado.*

*Era un solo pedazo de carne descubierto,
era un soplo de aliento sin formas.*

*Así era,
ese cuerpo suyo,
pedazo de carne blanda.*

2. Errática

*Me deseé
penetrada de esa carne.*

*Cerca,
sentí su piel helada,
su boca algo tibia.*

*Quise hacerla forma,
era su dolor, mi dolor uno solo,
nuestro el cansancio.*

3. Herida

*Quise
ocupar todos sus espacios,
apartarla del resto.*

*Como una manera de trastocar
sus márgenes,
la deseé lejos de pudores.*

*Inmortal,
quise atravesarla
con mis manos.*

4. *Sangré*

*Besé, la recorrí,
mordí su boca aún tibia,
hundí mis manos en su vientre.*

*Su cuerpo
era como la espuma,
su piel deliciosamente suave.*

*Descubierto cada poro
entro en sus piernas.*

5. *poseí*

*Error/herida
sangra sus piernas,
marca su cuerpo.*

*Luego, extenuada
mi mujer se precipita.*

CAPÍTULO

VI

Intentos II

Ella se altera en el compacto de su imagen.

Y si habláramos de actos –pregunta.

Burlar las secuencias de los actos, hasta las escenas finales –dice, puesto allí a una distancia prudente.

Él, inconexo sugiere, ciñéndose a la ambigüedad del espectáculo se traslada de la palabra al gesto, de la mirada al silencio.

Ella, con un leve desplazamiento de los labios emite una sonrisa.

Luego, la mujer eleva la voz y dice:

–Te imagino en las próximas respuestas. Inevitablemente induces al miedo.

En silencio, con movimientos ondulantes, él empieza a mecerse, cada vez más rápido se agita, anticipando esa mirada suya, ésa que eriza su piel.

Desatada, sonrío. Tras cada alternativa de sus actos imagina respuestas diferentes, desviando aquella forma en como se miran y no atreverse a nada, simplemente no atreverse.

*Maldita en su propia indefinición.
Maldita en la infinidad de sus pliegues.*

El compacto como revelación

*Se mantiene apoyada sobre la puerta,
mirándolo sin decir palabras, desconfía.*

*Él se sostiene tembloroso,
extenuado, añejo.*

Se imagina penetrándolo hasta deshacerle esa piel como de cemento que impide la plenitud del compacto. Se descubre deshecha, insatisfecha, inducida para repetirse miles de veces, hasta hacer una marca diferente.

Cuerpos que flotan se vuelven formando un círculo hacia adentro. Proclamando un apetito desmedido, volcada hacia la especie, se dice *desmerecida*, luego de pasearse desnuda de dobleces, aferrada a su soledad de muerta, para despertar aterrada por la coincidencia.

Él, parado junto a su puerta, inconexo ríe.

Como en noches de tormenta, un torrente de gotas espesas lo cubren. Ha vuelto, pero esta vez portando cicatrices.

Ella se desvía de la escena. Observa recelosa y se dice, cuida de ti, como de tus alaridos, gimiendo desde la distancia para única estar a salvo de los antiguos pactos.

Tocando sus labios corre a descorazonar sus carencias de sedienta, bramando en su dolor, hasta que del cielo caen miles más de ellas, como una revancha, frente a la fortaleza de sus quejidos.

Lúcida de perfecta estampa, igual que socorrida de un eco, infinitos recuerdos dividen sus ojos. Su cabeza intranquila divierte su imagen pétrea, los enervados intentos por evadir la insaciable gula.

Ambos están en el extremo de ese pasillo que no conduce a parte alguna, lugar de tránsito a pasos del adiós.

Él, se mantiene erguido a pesar de los temblores. Se sostiene en la idea, dispuesto a enfrentar su temor.

Su cabeza está fija sobre el embaldosado.

Se lo imagina en el espacio tibio, infantil de creerse a salvo, allí donde ella no lo alcanza.

El tiempo repite ese frío de la calle en el pasillo. La niebla ha inundado completamente el lugar, pero no es obstáculo para que sus cuerpos puedan verse. El techo fue cubierto con planchas transparentes que permiten el paso de la luz.

Ella está vestida de negro completamente. Su rostro y parte de las manos aparecen con algún movimiento disperso cuando se empecina en formas del decir.

*Estudiadas sus posturas, la renacida de otra raza, luce quieta,
para luego desbordarse y derramarlo con sus intentos.*

Agotada desde el nombre, olvida y niega sus experiencias anteriores, sin descuidar detalle se apoya en el instante definitivo.

Él, no destaca movimientos, tampoco tonalidades.

Persiste con la mirada detenida en las baldosas, salvo por instantes en que levanta la cabeza. Allí, relucen sus pupilas brillantes y empañadas, como si llorara.

Se descubre otra. Su pecho agitado se estremece resistiendo desde el mentón en un ritmo acelerado, continuo.

Él, en anciano titubea.

—Nunca advertí sus dolores —dice— estaba en otras cosas es todo. No hubiera imaginado siquiera que estaba tan delicada. Por las noches, tenía que acallar sus gritos. Sobre pasado el límite donde todo se vuelve peligroso.

Yo también he paseado las noches buscando.

No podemos permitirnos ausentes. Nos debemos por completo. No entiendo qué hay en sus ojos. Ella me inhibe, tener que enfrentarse todo el tiempo me inquieta.

Un adiestramiento necesario activa el estado de alerta.

Luce distinta, no me escucha. Creo que dejó de ver hace tiempo. No quiere creer lo que le digo. Tiene marcas en la cara y su cabeza, no entiendo, luego de haber cuidado tanto sus cabellos.

Ella, ahora me asusta.

La mujer se acerca y frunce más el ceño.

Luego, lanza una risotada, se está divirtiendo. Agita sus brazos para atraparlo, pero al momento de estar muy cerca, es ella misma la que se aleja. Con un golpe seco cae al suelo, desplomada contra las baldosas.

Él quiere socorrerla. Se acerca y trata de cubrirla entre sus brazos.

La mujer tiene los ojos cerrados.

A propósito detiene la respiración unos instantes y luego inicia una serie de estridentes inhalaciones, latidos agitados, convulsiones y quejidos, que se cortan al momento en que emite un fuerte grito.

Desconsolada llora, después abre los ojos y se queda mirándolo con crueldad. Como una poseída, luce intensa su mirada.

Él al verla desiste, de inmediato y la arroja lejos.

Luego se cubre el rostro con las manos.

Ella se levanta, lo recorre uno instante, camina hacia el otro extremo del corredor y se traslada con cautela.

Su mirada satisfecha la sitúa con todo ese pasado concentrado en ella, elaborando la portada de sus cicatrices, como si no fuera responsable de sus actos.

El compacto como poética de sus cicatrices

*Hembra acorralada
se destroza desde muros.*

*Desvanece pesadillas
y se luce, luego de despierta,
se desmiente.*

*Se persigue de dolidos,
se predice rastrera, se desvela.*

*De mañana se recorre,
de la calle se rodea,
de desechos se emociona,
es de escombros, se alimenta.*

*Insaciada se busca, reunida de esquinas,
repetida como rito, se maldice,
llora, se despierta. Infinita se repite.*

Desvanece pesadillas.

Porque no recuerda, se vivió de cuerpo entero. Enfrentada con la especie, cuando los desolados cuerpos estaban repartidos por las calles. Distraídas sus miradas no accedieron a destiempo. Se dijeron época, se aclamaron salvación. Ausentes de pudor estimulaban sus visiones.

Porque nadie quiere ya mirarlos, es que se esconden por las noches. Se buscan, se confunden, se aparean, se distancian. Parasitan en la peste de su propio desencuentro.

El compacto como revelación

*Hembra, hambre gime
desde senos cicatrices de bebida.*

*Agitada desde los muslos pierde pudor,
brama, duele luego duerme de reojo.*

*Succionada se maldice,
renacida como un rito, en la oscuridad se posee,
sólo así, a sí misma se posee,
descuidada de otro aliento.*

*Lúcida se brilla, maravilla y gime,
desde noche cicatriza
desde pálida sonroja pómulos,
luego y sólo de amanecida sana.*

*Porque su sanidad,
desprende aroma sobre hedores,
es de amanecida su sanada.*

CAPÍTULO

VII

Definiciones

Referido era en su especie, como otros, un paréntesis en la historia de este suelo ya pisado tantas veces.

Una alucinación.

Un sueño dispuesto a provocarle pesadillas, más bien un invento, frente a la inconstancia de acontecimientos inútiles, dificultosa manera de acceder a esa realidad extraña de ser gemelos en la vitalidad propia del género, el masculino de una imposibilidad, entregado a la condena de encontrar en el sexo distendido los restos de placer.

Negativo de su imagen débil.

Mala copia hecha de su memoria.

Es por esto... se resiste, le teme.

Lo disfraza, haciéndolo aparecer como uno más, sabiéndose frente al soporte de toda negación en lo oculto de sus desmanes.

Suman ambos, anidándose enmohecidos como pedazos de lata entre los engranajes.

*Ella por su parte,
es a la vez una resucitada,
una pesadilla dispuesta en escritura.*

*Es lo femenino
en las cicatrices de su cuerpo,
en la profundidad de sus heridas,
agonía de sus desbordes.*

*Una reiteración,
en la candidez de sus movimientos,
pero también un desmentido.*

*Una desvelada puesta en evidencia
en la máscara que lleva colmada de apetitos.*

*Ella es todo un espectáculo
en la trayectoria de su recorrido.*

Notábamos desde hace mucho que esa manía de hacerse manifiesto ante los atravesados caminos, en grácil desasosiego, nos atraía hasta un punto irremediable. Y era sabido ya, que dependientes de otras vías, nos preparábamos con pasos certeros hacia libertinas imaginaciones.

El encuentro se realizó en la misma pieza añeja, que en disconformidad nos fuera señalada como espacio de antigüedades.

Nos encontrábamos otra vez en aquella la habitada, allí donde señalaste algún día el catre que recibiría tus huesos estirados, poco antes de desenterrar los músculos aturdidos de tu cabeza, en posición al desalojo de toda mala idea.

Allí, donde te mecías desprovisto de madre, en espera del dulce sueño que despejara tu mente.

Asfixiado señalabas tu incompreensión frente a los cambios de aquel espacio propicio de cobijos y que ahora era apenas sitio de espera. Y tu catre, no más que un hueco repleto de trapos inmundos al acecho de otros cuerpos que se estirarían, por cierto, no como tú los hacías.

Solo quedaban restos, imágenes borrosas.

Aquella, que de algún modo fuera celda de piedra, desde donde colgabas tu pañuelo naranja derramado en sensuales pliegues. Allí, donde tratábamos de hacernos imperceptibles, uno y otro, dándonos las espaldas, encogidos de miedo, histéricos sin respuesta al destino que paseaba por nuestras cabezas aturdidas por las moscas.

Una luz enrarecida propiciaba aún más nuestros anhelos.

Allí creciste, creciste como las piedras, hacia adentro.

—Piensa en lo que debiéramos hacer ahora —dije.

—Piensa en la imposibilidad de traspasar este artefacto de hueso y carne. Estas rebanadas de piel que se articulan como un engendro y que tanto nos impide.

–Uno y otro, seríamos dos gemelos en un mismo huevo.

–Piensa un lugar donde la carne se deshace –ella dice– donde pudiéramos estar envueltos, tú y yo, un sólo tejido, indisolubles.

–Una piedra que se agiganta –dijo él, repitiendo su mueca inútil, a pasos de la dispersión total tentando la comunión para evitar un nuevo desalojo.

Alborotadas sus ideas, en ese desasosiego permanente de tenerse y la infinidad de intervenciones que eso implicaba. Ideas borrosas aparecieron en su cabeza. Vapores impredecibles la alejaron del peligro.

La mujer siguió:

–Un volumen con grietas que se repiten infinitas veces.

–Vulnerables, existiendo en esas grietas.

–Es allí, donde debemos permanecer aun, más abajo de la piel, y permitirse ese lugar en una espera sin tiempo.

–¿Dónde se unen los demás cuerpos, los que se arrastran, los que desaparecieron?

Entonces, pudo verla flotar como la espuma.

Ver como deslizaba sus manos entre las grietas. Estaba tan pálido, hasta que fue perdiendo la imagen.

Evaporado como la noche, sin ojos imagina una vez más la idea como una de las más aterradoras diversiones.

Unidos en un vientre donde ya no existiría diálogo. De palabras sin sexo, y todo renuncias a la mueca obstinada. Donde ya no buscábamos y éramos muchos, en el sin límite de un huevo, presintiéndonos, uno y otro, poblándonos en ese sitio de nuestra espera en un silencio opaco. Como remolinos creciendo a tientas, haciéndonos textura, cubiertos en la palidez de otra obscuridad, aferrados a un presentimiento en el silencio de la madre. La madre alimenta nuestra lucidez con paños, telas húmedas de latido y goce. Fuimos sólo fragmentos, repitiéndonos en un sonido líquido, buscando la calidez del contacto, cubriendo carnes, abandonados en el escenario de una guerra.

Cuando te arrebatan de las ideas todo, y es que creíamos ser los únicos, él como casual malformación equívoca de un mundo ilusorio. La otra, al anhelo de días pasados, situados en aquel terrible espacio construido a falta de recuerdos.

Aturdidos, repitiéndonos buscábamos algún otro individuo capaz de traspasar aquel volumen autista, incapaz de absorber su propio estado, simulando, cuando se encuentra un sitio para la espera nuestra, resistencia y momento de quiebre.

Tal como si encontráramos esos cuerpos en otro vientre.

Lugar insano, dispersando carnes vivas, definitivo soporte de esos cuerpos disminuidos bajo el falso reflejo de las calles.

*Y hubiéramos aparecido
vestidos de aturdidos gopeteos de galopes verbales,
llorando nuestros muertos, acostumbrados a ese devenir,
en aquellas avenidas de silencio.*

Este nexos y tu despliegue era lo único que podías darle a otros, que desorbitados parecían devorarte.

Qué esperaban éstos de tus gemidos, si caían a pedazos tratando de encontrarse. Qué ocasión de reafirmarse conseguían con verte, si el papel era sólo un plano lineal de aquel universo incapaz de almacenar nuestros recuerdos.

Sólo un paso al exterior y el reflejo de ideas inútiles, vagas, aparecía como instante de divagadas teorías.

Traté de explicarles cuando las palabras son sólo momentos. Sólo es en esto un perdido caso de autismo, cuando tratamos de dar un vuelco a la historia.

Pero estaba allí, el sitio nuestro, donde ya no entendíamos diferencias, lugar único de saltos donde las dimensiones se precipitan y se abren las grietas.

Ahí el dolor se hacía innecesario y el placer extenso.

Gustosos en el seno de la madre, como un solo cuerpo anidábamos otra arquitectura, a cambio de un poco de irrealidad a esta ilusión que nos *envueltos* día a día.

En tiempos de guerra y exterminio, las palabras dejaban sus significados muertos y eran vivos actos de pasión. Una lucha por devorar tus labios.

Enternecedor nos parecía aquel paradójico modo de resistir el desenfreno justificadamente. Acceder al tiempo era modo único de hacer fusión de los apátridas nacidos por azar en la época del boom.

Pero en algún punto nos perdimos aletargados en ese vientre, y atravesamos el espacio flotando. Pronto se nos fueron deshaciendo las heridas, los deseos y la angustia. Luego se desmembraron nuestras lágrimas.

Flotamos atravesados del polvo y de la tierra. Arropados de pieles muertas descubrimos que la belleza no atrapaba los días.

Ella quiso ser belleza y hundió sus huesos en la cama, atravesando aquel cuerpo que de viva fundó calor. El lenguaje de los segmentos no sería más belleza. Estaba menos polvo que la noche, una mancha más de las murallas. Entonces, despiertas cuando suena el timbre de tu puerta que se abre para las sombras que mayores crecen en las cornisas.

Tú estás sentado sobre la cama, besas tus piernas y te lames. Haces de tu boca una caricia más, y te mezclas en la pantalla del viejo aparato. Tu cuerpo espera, cuando sobre tus huesos el frío seco se deposita sin nada que lamer. Una sirena despierta en las avenidas y el viento se aleja. Soplas a la almohada y sólo salen cenizas.

*Recobrar el antiguo sabor a tierra,
nuestro desalojado sueño a felicidad.*

*Cruje en venganza el muro.
irónico en su presencia se demuestra.*

Allí nos inundarían las aguas. Los pequeños cuerpos de espinas y de sangre para alimentarlos.

Pequeña criatura dolorida y dispuesta.

Perforando con los dedos el pedazo de tiempo, apoyada sobre la almohada, se deja atrapar en un abrir y cerrar de puertas.

Él entró como cualquier día.

Repitiéndose hizo un paréntesis y sonrió.

Ella sintió que tendría que profundizar los cuidados, trabajar con cautela y *re-signarlo* todo.

*Dices haber vuelto para inscribir
nuestra cripta de la felicidad.*

CAPÍTULO

VIII

Escenario para un Ideal

1. Golpeó

Ansioso por ésas del último domingo, había tardado algo en decidirse para desprovisto de temores acercarla, después de todo había en el riesgo algo, que no pudo precisar, que le incitaba a descubrirla para descorrer sus perfumes y acariciarla desde su suavidad.

Ella, lo esperaba paciente como antes, desde aquel mundo al cual sólo pudo desviar sus recuerdos de niña, todos los creídos parecían diluidos bajo las sombras de su habitación, ninguno logró, ni por un instante permanecer en sus memorias de triste.

Había, desatados sus cabellos, en ella, algo especial.

Todo dispuesto luego de sus desatados los negros daría comienzos, al retoque de sus maquillajes marcando aún más el párpado de abajo. La insistencia había desplazado sus deleites hasta momentos antes en que tuvo miles de recuerdos.

Era ése, luego de abierta su puerta, quizás el más importante.

Vería una vez más a aquel personaje, identificado como uno de los tantos, generaciones vivas que se esfuerzan por hacer marcas en la historias de la calle o de un país absorbido.

Afuera, el frío.

Se acercó hasta la puerta titubeando, quisiera haber corrido para dejarlo entrar, luego de una experiencia dolorida, abrir sus brazos para regalarle con sus nuevos intentos.

Tal vez bastaba con llorar desde sus temores y dejar que tocara una y otra vez. Pero en aquella noche de lluvia, abrió la puerta y lo dejó entrar, a pesar de todo.

Él traía un trazado antojadizo.

Riendo llenaba el pequeño espacio. Preparada visita de manos abiertas, escurridos sus perfumados pechos, la mujer ofrecería sus encantos para él y le permitiría olerla desde cerca.

Fue su elegido. Uno de los tantos.

Balanceados sobre los paños, se besaron y acariciaron descubiertos. Nadie conoció tal entrega, como aquellos amantes de invierno, retorcidos desde los paños de la noche, fundidos, desatados, anudándose bajo los cordones de sus piernas. Nadie podría haber interferido entre sus caderas, ni siquiera los miserables que implorando con sus manos, pedían desde sueños, apretarse hasta ellos.

2. Hoy

Caen los hambrientos tras los paños extendidos de la ciudad.

Ciertamente las calles se han quedado vacías y las veredas se mudan despacio y ella se quedó viéndola como vaciada de su sombra desaparecería en el cemento.

Se ha ido hoy. Se irá mañana y se irá siempre.

Será el vaciado de un cuerpo que se aleja a cada instante. Buscará en las sombras y recorrerá las calles queriendo aparecerla. No bastará negar la historia, cuando los muros sean doloridos de blanco, cuando las manchas no sean más que mentiras, y tú no más que un alarido.

Porque pudiera que encontráramos algo en ésta, sin asombro, desvalida, arrasada, mutilada, triste, y oír como la voz se apaga entre los suspiros lejanos ya de palabras.

Cerca del exitoso goce, hoy me he sentado a beberle en silencio.

Más que una delicia, una ausente, cuando estás al límite de esos latidos que se te adelgazan al cuello, palpitaciones recorren cada gota que se adelgaza en la garganta.

Traer el pasado. Renovar lo disperso. Desde cada pliegue, descifrarlo, y entre esas piernas que se enlazan precipito mi boca hasta hacerla estallar, hasta deshacerla en saliva tibia por entender cada zona de su piel.

Pudiendo habernos, imagino distancias desde los labios a la boca, cansancio de lamer cada vello. Atrapados de deseo simulamos, atraídos desde los suspiros.

Hacerse a la sangre un hielo como de cristales y azufre.

Un terrible desenlace pudo hacerlo todo aún más perfecto, y hablábamos de esa salida como última, en la trivialidad misma de todos estos trastos viejos que he coleccionado suavemente.

Es desde bajo la tierra que se precipita cubriéndolo todo.

Trayéndonos imágenes de remolinos y pupilas, nuestros caídos sangran. Veo sus cuerpos devorados, la presencia de muertes pavorosas cubiertas de instantes, temblores y advertencias.

Luego, los veranos repartidos de excesos como primera aproximación, pronta huida de labios por repartir ese ardor que conmueve cada una de las inagotables inhalaciones de este vientre de la patria que se agita.

2. Ora

La noche en su quietud, la veo desde sueños cabalgando en las alas del precipicio, la veo arrancándose los ojos, en su desolada ceguera la vuelvo entumecida de delirios, cerca, desprovistas sus lágrimas, todo desaparece.

No le temo a la muerte —me dice—, le he estado provocando, le he volcado manía y destruido en la ceguera, pienso en acabarlo, hay veces en que pienso en acabarlo.

El cofre = 2000

Ciertamente con desenterrarlo advierte su proximidad a uno nuevo, paseando los matices de un paisaje menos desprovisto. Desenterrar tesoros, mas caídos los pétalos, cómo es entonces que actuábamos motivados al principio igualmente al tanto del riesgo que implicaba volver sobre piedras enterradas, antiguas y preciosas.

Reconocidos desde el inicio como piratas sin asombro, descubiertos antifaces y máscaras. Atrapados dulcemente de consignas, tratábamos, y en eso sí que consistía la propuesta, de ir avanzando lo menos abruptas y endemoniadas posibles, lo menos temblor de cielo y del poeta la boca, sus exquisitos perfumes para descubrimos atrapados en algún brazo de la calle.

Repitiendo experiencias de un antiguo martes, y reíamos renovados de estadías en escena y de antiguos cofres, aun contra el tiempo, cuando las palabras nos referirán al ensimismo.

Removiendo escombros, actualizadas nervaduras y dulzonas de la piel, desplazadas y cubiertas de una savia que no parecía compadecerse para nada con los registros de la historia, y vernos actuando una vez más por decreto y verdades absolutas. Daría lo mismo si desde aquellas experiencias habían pasado más de diez años.

Valores que nos hicieron insuficientes, descalabros de intensidad, seducidos entre melodías y acordes acompasados fortaleciendo el temple de un carácter para nada desaparecido.

–Dulzura –fue lo primero que le oí decir.

Después, nada. Situando referencias, nada que arriesgar.

Sabiendo que desde aquel lenguaje se ampliarían las sorpresas.

Solo bastaba dejar que aquella sustancia se presentara y caeríamos desplazadas hacia los ejes de las antiguas fórmulas, intentando tal vez posponernos de fracasos anticipados, cuando el tiempo de los tiempos aparece más allá de toda fuerza antes de caer en el aburrimiento total.

Siempre hay tanto por hacer, cuando los minutos avanzan y las acciones se reducen al pensamiento.

Durara lo que durase aquello de desenterrar tesoros, y frente a la imposibilidad de no hacerlo, esta vez arderíamos como todas las veces anteriores, actualizando los vínculos que se sucedieron a la serie de descalabros de diez años después.

Calmada quietud, ahora sin prisa, repetíamos esas sílabas.

Muy próximas a los oficios en los que estábamos, simuladas muecas irreversibles, enervadas de tedio, desbaratas y propicias al daño cuando reírse era vivir aventuras de botellas anticipadas de mensajes contenidos y secretos.

Sólo había que encontrar el tono, una fórmula para sus pies estremecidos, o atreverse a resbalar por las comisuras de los labios apetecidos, perfumados y carnosos, abiertos los pétalos al cántaro.

¿Cuántas pérdidas?

Era evidente que lo único que nos quedaba, luego de acabados los festejos era la risa.

¿Cuántas líneas que irían borrando recientes huellas?

Nunca las promesas.

Nada podía ser tan serio.

Y reíamos aun cuando por momentos hiciéramos aparecer todo en desorden, realmente fuera de su sitio, componiendo melodías absurdas, pegoteando la confianza frágil y de consistencia las proezas.

Nos acompañaban algunas visiones menos hoscas de finales, empecinados en situar la inacabada pieza. Apurando causas, como principiantes, mas nunca desplazar el ritmo de los pasos que se detienen rigurosamente.

–Rigor –sostenías. Nada de palabras. No te pegues tanto a esa esquina.

Subíamos aquí y allá. Luego bajábamos un poco más el cuerpo para no trastabillar contrastes, cuando los tamaños enormes se oponían a los más pequeños

–Ven acá, acércate más al borde.

Y todo resultaría perfecto si me atreviera –respondía, simulando, del mismo modo mi estadía en el espacio de los principiantes.

Situados como extraños, extraviados nuestros vínculos, era la combinación perfecta cuando el daño de antes aún palpitaba con sus débiles señales.

–Y daría, de promesas todo –dijiste–, cuando ya no estábamos al alcance de esos recuerdos.

Perdida la noción de esas últimas palabras al momento de los besos.

–Si pudieras, ¿pagarías cuánto?

¿Cuál de todos los pagos?

Fundamental nos parecía reforzar los cuidados.

Urgente beneficiar de cualquier forma la paga.

Todo un beneficio, cuando las manos crecen y de venas azules se va confirmando un espacio de resistencia.

–Ciertamente lo harías de la misma forma.

Simulando el síntoma, sin duda todos lo haríamos. Respondían al unísono fósiles figuras desde una galería arrastrada de advertencias.

Volver a encerrar estas en uno nuevo, distinto del anterior.

Luego de buscar las pistas de piratas, barcos y conversaciones.

¿Cuántos hubieron de asistir las épocas de mejores años?

Recordando nombres, cuando los recuerdos todavía emocionaban. ¿O seguiríamos los mismos de diez años antes? Idénticos los recursos buscando modificar en algo las mezquinas subsistencias.

Resistiendo casi apenas, apegados a la lucha cuando las situaciones extrañas seguirían sucediendo sin que pudiéramos salir a fondo para evitar el gran naufragio.

Sin embargo, como antes, latíamos de deseo.

Jamás, las distancias necesarias, porque igualmente éramos demasiado importantes, tú y yo, nosotros, digo, y desde antes, reconocernos en aquella forma natural de suplir aquellas marcas en la herencia con que nos cubríamos la espalda.

A algunos les bastaba la seguridad del terreno, y rápidamente se atrevían a dar un primer paso. Las promesas y luego correríamos desordenadamente. Tratando de situar las mínimas miserias y que el objetivo apareciera más nítido. En tanto durara la confianza, las palabras anticiparían que de un encuentro como ese, era posible todo.

No es cierto. Nunca fue posible.

Diríamos, diez años después, que las cosas no cambiaron demasiado. Las calles se habían vuelto en algo cada vez más esa presencia y que habitábamos ahora una ciudad cercada por la violencia de las masas, a punto de decapitar al animal que comandaba desde arriba nuestro mundo miserable.

Nunca así. No tan así.

Era un hecho. La patria que antes diera cobijo a nuestros jóvenes rapados, sin dejar de ser la misma, empeoraba. Antes de que las conexiones e intercambios de hoy nos asaltaran con sus promesas de cambio. Antes de que justos, pudiéramos desplazarnos por un paisaje menos arruinado.

Encandilando líneas de un porvenir excesivo, nos arrastrábamos una vez más hacia el mismo punto, sometidos a esas imágenes violentas.

Había pasado el tiempo ya de la alegría.

Como débiles señales nos íbamos desvaneciendo bajo los encantos de querer tenerlo todo entre las manos.

Era en lo que estábamos, una década después, hurgando en los rincones de un laberinto a la medida y virtual. Mugiendo ahora con insistencia, tentados a ampliar posibilidades en los ejercicios del decir. Todo demasiado de la misma forma para el entretenimiento y la asistencia, nuevas conquistas de nuestro territorio, compromisos y fervores, acunaban siempre las labores menos arriesgadas.

Sin pensar siquiera en volver a las palabras que nos permitieran evadir las anquilosadas forma de cautiverio.

El cofre = 2012

Veinticuatro años después de arrasadas las tierras, ampliados algunos de las inmerecidas riquezas y todo a expensas de los que llegaron a reparar los daños, la alegría jamás llegó y en tiempos de promesas, luego de los acomodados y las transas, los movimientos se fueron produciendo en un tiempo lento.

Años de años y más.

Más de tres décadas de competencias y de humillaciones, tartamudeando las pequeñas frases, enrostrándonos los objetos, medallas los desechos, de acumulaciones y basura.

Hasta que nos arrancáramos los ojos –pensaron–, cuando los imperceptibles despojos se sucedían en el tiempo y aglutinar lo destruido era impensable.

Perdedores o vencidos, derrocándonos a tientas, durante años de más y más, buscando cómo respirar en ese encierro. Aceptando de mala o buena gana –daba igual– las jinetas de los que se instalaban fieramente para advertir cómo había que hacer las cosas.

Las cifras ya estaban al alcance de muchos cuando las ventas de paisajes y acumulaciones de todo tipo iban colmando nuestros odios, sometidos a un Estado construido por la fuerza, condenados a los mínimos refugios habíamos visto pulverizados nuestros pueblos.

Sin transición pactada por arriba todo iba sucediendo por abajo cuando el pequeño mundo ya nos parecía al borde del colapso. A punto de explotar los cuerpos, un ello devorador nos hacía carniceros.

Los más jóvenes fueron los primeros en salir.

Largas y extendidas cadenas de mentes despiertas hicieron colapsar los diques contenidos de abusos cuando las apariciones y disturbios brillaron con nuevas esperanzas.

La agitación se hizo inmensa.

Entonces, no había nada que nos hiciera más feroces que vernos estallar en las pantallas, hastiados del objetivo fama de cosméticas y siliconas con que se habían ido acrecentando las malas prácticas.

Extenuados de los incrementos y las deudas, saturados de arrastrar inoperancias y estupideces, los cada vez más jóvenes fueron cientos, miles.

La acumulación nos hizo explotar al fin y a los pocos días se abrieron las ideas, rozándonos los antiguos sueños, renacieron las consignas porque los anclajes eran profundos y la memoria no se disuelve.

Muy pronto nos atreveríamos al habla, y se irían sucediendo las nuevas voces, diversas y combinadas, las estrategias.

Haríamos entre muchos tambalear las furias desde adentro contra los poderosos. Múltiples diferencias y a borbotones los desbordes se irían acrecentando en la amalgama.

Entonces, nos enfrentamos a las fuerzas policiales cuando el miedo dejó de ser lo que nos alimenta.

Removidos ya de escombros y de herencias a la fuerza, aclamados retoques y rebeldías en la piel, estaba a la vista una salida.

Eran los pequeños territorios adornados de esencias perfumando los ambientes con sus pieles de cerca.

–El mundo tal como está, se está acabando –decían algunos.

–Como todo el tiempo –repetían otros–, más atrás se está acabando, por los siglos de los siglos, más atrás.

El mundo tal como está, el de las grandes tragedias, puesto que de esas ya habíamos tenido suficiente, años de años resistiendo las presiones de las incesantes máquinas que buscaban sumergirnos aún más en las cosas.

Expandidas las razas, respetados los suelos, nos aproximábamos unos a otros y de todos los géneros posibles, reconociendo nuestras ganas muy lejos de los pensamientos densos, cuando allá afuera habíamos cada vez más mentes y cuerpos disponibles.

En principio implicó desbaratar las cuentas.

El punto de partida consistía en activar los anestesiados sistemas de reclamos y de quejas y a los pocos minutos era posible observar una descomposición de proporciones.

La programación de las máquinas se iba haciendo completamente incompatible con los registros en los servicios de clientes, hastiados de apretar teclas y recordar opciones que derivaban a un nuevo ejecutivo repitiéndonos las mismas preguntas, produciendo la irritación total de los y las usuarias y un completo desbarajuste.

Existían mails de sugerencias, solicitudes y reclamos, cuentas impagas, morosos y carteras de vencidos. Pero las oficinas del sistema de informática no se compadecían para nada con las del resto del personal y no surtían el efecto deseado en las largas cadenas de clientes descontentos.

La nanotecnología se había instalado como amenaza.

Nos aprontábamos a una nueva fase de empujones.

Todo se iría haciendo cada vez más descompuesto y pulverizado. Bastaba con que fuéramos complementando los datos, elevando las solicitudes de todo tipo y activando las múltiples denuncias para que el sentido común recuperara su fuerza. No era fácil con los cálculos y cifras, pero poniéndonos de acuerdo, los movimientos surtirían sus efectos.

Había que activar los códigos y recordar muy bien todas esas cifras que contenían diminutos ADN's hacia adentro y hacia afuera palpitando en sus arterias. A punto del traspaso, luces diminutas señalaban los desplazamientos en toda la extensión del globo terráqueo, derivadas las conexiones a contactos cada vez más específicos, y muchísimas horas de dedicación a estos menesteres, nos auguraban la pronta desactivación. A ello se sumaba la aparición de singulares pericias en la incorporación de datos que nos permitían ir verificando sistemáticamente las nuevas habilidades. Siempre existirían los más dotados, con especial atención, se potenciaba en ellos la fuerza.

Vivíamos la furia antes del estallido final, una furia queriendo salir.

Esta vez, desde las múltiples señales y reclamos en las bases de datos colectivas se irían sucediendo cadenas de acontecimientos cada vez más arbitrarios.

Nos iniciábamos en fórmulas de economías y procesos productivos con eficientes estrategias que nos permitirían activar las redes más fluidas y apuntar contra los que ofertan y contratan.

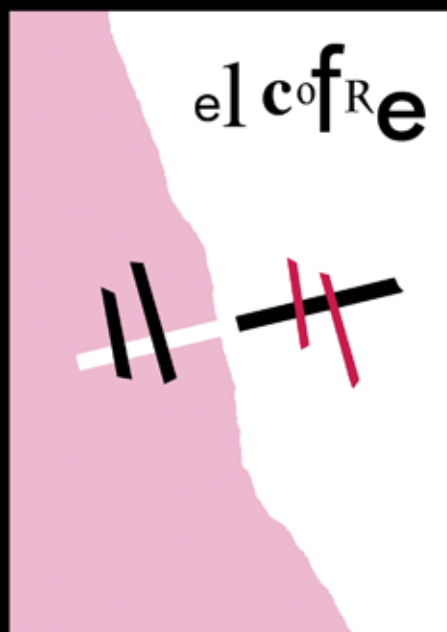
Los incumplimientos sistemáticos modificarían las estructuras generando la algarabía y el colapso total de las secciones productivas, los beneficios disponibles y las certificaciones.

Era el valor del trabajo. Objetivo final, desbaratar las cuentas.

Índice

<i>Capítulo I. Primer Pasado / Escenario de indefiniciones</i>	11
<i>Capítulo II. Coexistencias</i>	25
<i>Capítulo III. Insaciada se busca, repetida se hace rito, en silencio se desborda</i>	33
<i>Capítulo IV. Intentos</i>	43
<i>Capítulo V. Actos fallidos</i>	77
<i>Capítulo VI. Intentos II</i>	85
<i>Capítulo VII. Definiciones</i>	95
<i>Capítulo VIII. Escenario para un Ideal</i>	105
<i>El cofre = 2000</i>	111
<i>El cofre = 2012</i>	119

Eugenia Prado Bassi



El Cofre, primer libro de Eugenia Prado, emerge como una incitación a internarse en un jeroglífico o en un laberinto perversamente estructurado y regido por una sexualidad que no evade ningún cuerpo en su relato, saciándose, para encontrar finalmente su propia carne, disgregada, atomizada y latiendo en cada una de sus partículas.

Así, atentando contra una escritura/lectura lineal y burlándose del estereotipo de los géneros literarios, se abre aquí una zona que, barroca, libera deseo de escritura y hambre voraz por la palabra. El hambre y la sed, el excesivo tabaquismo, traspasa esta obra nueva, que auspiciosamente se inscribe con su palabra en la palabra.

Diamela Eltit

ISBN: 978-956-9071-14-0



9 789569 071140